

LA ONTOLOGÍA EXISTENCIAL

Cómo queremos estar en el mundo

En el horizonte de la ontología contemporánea, la pregunta por el ser ya no se limita a determinar qué son las cosas, sino que se orienta hacia la manera como el ser humano existe. Esta distinción es fundamental para comprender la diferencia entre el ser en sí y el ser para sí. No se trata únicamente de categorías abstractas, sino de modos concretos de habitar el mundo. La existencia humana, entendida como un “estar en”, no significa simplemente ocupar un espacio físico, sino habitarlo, interpretarlo y transformarlo. Existir es estar en el mundo de la vida, pero también hacerse responsable de ese estar.

En Martin Heidegger, la ontología adquiere un giro decisivo. En su obra *Ser y tiempo*, afirma que el ser humano no es una cosa entre las cosas, sino un *Dasein*, un “ser-ahí” cuya característica esencial es la existencia. Heidegger escribe: “La ‘esencia’ del *Dasein* consiste en su existencia” (*Ser y tiempo*, §9). Esto significa que el ser humano no está determinado de manera fija, como lo están los objetos, sino que es apertura, posibilidad y proyecto. El *Dasein* no solo ocupa el mundo, sino que está arrojado en él —“yecto”— y, desde esa condición, debe decidir cómo asumir su propia existencia.

El ser en sí puede entenderse, en este contexto, como un modo inauténtico de existir. Es el modo de quien permanece en la facticidad sin interrogarla. Vive absorbido por la cotidianidad, por el “uno” impersonal del que habla Heidegger: “El uno es nadie determinado y, sin embargo, todos” (*Ser y tiempo*, §27). El ser en sí ocupa el mundo, pero no lo habita conscientemente; actúa por inercia, repite esquemas sociales y evita confrontarse con su propia finitud. Es un ser que se deja llevar, que no asume el peso de sus decisiones y que diluye su responsabilidad en la masa.

Por el contrario, el ser para sí implica una existencia auténtica. Supone reconocer la propia condición de ser arrojado y, a pesar de ello, proyectarse. Heidegger sostiene que el *Dasein* auténtico es aquel que asume su ser-para-la-muerte, es decir, que comprende su finitud y, desde ella, elige con responsabilidad. La autenticidad no es aislamiento, sino apropiación consciente de la propia vida. Habitar el mundo significa entonces hacerlo propio, interpretarlo críticamente y comprometerse con él.

Esta distinción se profundiza en el pensamiento de Jean-Paul Sartre. En *El ser y la nada*, Sartre diferencia claramente el ser-en-sí y el ser-para-sí. El ser-en-sí es compacto, pleno, cerrado en sí mismo; es el modo de ser de las cosas. En cambio, el ser-para-sí es conciencia, y la conciencia es siempre apertura y negación. Sartre afirma: “La existencia precede a la esencia” (conferencia *El existencialismo es un humanismo*). Con ello quiere decir que el ser humano primero existe y luego se define por sus actos. No tiene una naturaleza fija que lo determine; es libertad radical.

El ser en sí, aplicado al ser humano, aparece cuando este renuncia a su libertad y se refugia en lo que Sartre llama “mala fe”. La mala fe consiste en negarse a reconocer la propia

libertad, excusándose en las circunstancias, el carácter o el destino. Es el ejemplo del camarero que se reduce a su rol, creyendo que es solo eso. El ser para sí, en cambio, reconoce su libertad y asume la angustia que esta conlleva. La angustia no es debilidad, sino conciencia de que cada elección configura el propio ser.

Por su parte, Albert Camus aporta una dimensión ética y existencial a esta reflexión. En El mito de Sísifo, Camus describe la condición humana como absurda: el ser humano busca sentido en un mundo que no ofrece respuestas definitivas. “El absurdo nace de esta confrontación entre el llamado humano y el silencio irrazonable del mundo”. Ante esta situación, el individuo puede optar por la evasión —una forma de ser en sí, que evita la lucidez— o por la rebelión consciente. Para Camus, la grandeza humana consiste en aceptar el absurdo sin renunciar a la dignidad de vivir y actuar. Por eso concluye: “Hay que imaginar a Sísifo feliz”.

Así, el ser en sí se caracteriza por la pasividad, la repetición, la falta de cuestionamiento y la negación de la libertad. Es un modo de existir donde se ocupa el mundo sin habitarlo verdaderamente. El ser para sí, en cambio, se distingue por la conciencia reflexiva, la proyección hacia el futuro, la asunción de la libertad y la responsabilidad frente a las propias decisiones. Es el modo de quien no solo está en el mundo, sino que lo interpreta, lo transforma y se transforma en él.

En el contexto de la vida cotidiana, esta distinción no es meramente teórica. Cada estudiante, cada persona, enfrenta diariamente la posibilidad de vivir como ser en sí o como ser para sí. Permanecer en la comodidad de lo dado, repetir discursos y actuar sin reflexión es optar por la inautenticidad. Cuestionar las propias decisiones, asumir las consecuencias y proyectarse hacia ideales personales y sociales es elegir la autenticidad.

En definitiva, la ontología existencial nos invita a comprender que el ser humano no es una cosa terminada, sino una tarea. Existir es estar en el mundo, pero también habitarlo con conciencia. Entre el ser en sí y el ser para sí se juega la posibilidad de una vida auténtica. La pregunta que queda abierta no es simplemente qué es el ser humano, sino cómo quiere ser